LAS HIJAS DE BASCONIA

ESTUDIO

La mujer, en todos los ámbitos del globo terráqueo, tiene esa aureola de ternura y resignación con que desafía las contrariedades de la vida y mucho más delicada y sensible que el hombre, anima á éste para luchar por la existencia.

Cierto que por el bello sexo ha llevado á cabo la humanidad sus más grandes empresas; cierto también que en ocasiones ha sido él causa de los mayores yerros; pero hemos de reconocer su poderosa ayuda y el auxilio tan importante que nos presta.

Tras de la inquebrantable resolución de un hombre en asunto de alguna entidad, se vislumbra claramente el consejo de una mujer.

Estamos en un pueblo donde son leyes las costumbres, y donde el uso y la ley arraigan en lo inmemmorial; pueblo, por consiguiente, en que la mujer, que tiene siempre real y legítima influencia en toda tierra cristiana, ha de reinar con soberano influjo, como depositaria y guardadora en el hogar doméstico del arca canta de la tradición, de ese tesoro popular de amor y fé, rico patrimonio de todas las generaciones.

Los escritores griegos y romanos poco nos dicen de las mujeres de Basconia.

Los paganos apenas daban importancia á la mujer y no es de extrañar, por lo tanto, que sólo al hablar de cántabros y bascones, nos refieran por incidencia algo de lo que á nosotros principalmente nos interesa.

Sabemos de esta manera que las mujeres llevaban vestidos floridos y brillantes, que contrastaban con el traje oscuro ó completamente

negro de los hombres; sabemos, y esto es más interesante, que las mujeres mismas hilaban y tejían la lana y fabricaban las telas, dándolas con el tinte y el bordado tal variedad y viveza de colores, que alcanzaron fama europea.

Cuenta Estrabón que los antiguos bascones adoraban á un cierto Dios innominado, para festejar al cual pasaban la noche del plenilunio bailando y cantando con las respectivas familias á la puerta de sus casas. Jóvenes del sexo débil cantaban á coro y danzaban durante los festines de los ancianos y patriarcas de la república.

De aquí se infiere que la mujer bascona era entonces religiosa, alegre y hacendosa como es hoy; y si en ella vemos sobresalir además la altivez y el amor á la libertad é independencia, semejantes cualidades, que han podido desarrollarse á consecuencia de las vicisitudes históricas de este antiquísimo solar, existían como en gérmen en la primitiva raza ibérica, pobladora de los Pirineos occidentales.

La mujer bascongada, tanto de la aristocracia como de las clases inferiores, es apasionada y vehemente por extremo, lo mismo en los valles que en las montañas.

Quizás el rasgo dominante de su fisonomía hablando en general, es la viveza de sus ojos grandes, negros, rasgados, de intensa mirada, profunda y avasalladora; la energía de sus facciones está indicando también fisiológicamente la de su alma.

Pocas naturalezas hay más accesibles al entusiasmo, pocas de más enérgicas y bruscas resoluciones; en sus alegrías patrióticas es una loca, y en sus grandes pesares una espartana; y, sin embargo, circunscribiéndonos á las clases superiores, porque la inferior merece capítulo aparte, los matrimonios por amor suelen ser menos frecuentes que en otras provincias; en las Bascongadas abundan los enlaces por conveniencia.

Pero aquí entra la parte más digna de fijar la atención del filósofo y moralista; en pocas partes los matrimonios de las clases regularmente acomodadas son más felices, producen mejores resultados.

Consiste, principalmente, en su educación religiosa, que las hace, muy semejantes á la «mujer fuerte» de la Sagrada Escritura.

Digno de notarse es que en proporción á sus habitantes ninguna provincia de España, excepción de Nabarra, suministra mayor número de jóvenes para Hermanas de la Caridad.

La mujer rural, esa sí, se casa por amor; su hacienda tiene muy

poco que arreglar. La moza que lleva una cama completa y un baul repleto al matrimonio, se considera como un partido excelente, y la que llena un carro con enseres, usa ínfulas de rica.

Aunque se casa joven, fresca como una lechuga y limpia como la plata, á los pocos años de su matrimonio ya parece vieja y estropeada, de resultas de la excesiva é incesante labor á que se ve obligada.

Comparte las ingratas tareas del campo, cría sus hijos y aun los ajenos para obtener un módico estipendio con que hacer frente á las cargas; se ocupa de las faenas domésticas y acude á los centros de población á vender hortaliza, fruta y leche.

Ayuda varonilmente á su marido, cavando la tierra y á veces conduciendo el carro, como boyeriza. Sube y baja á la casería y á los montes con el mismo aire y vigor que si no hubiera cuestas.

Es más robusta y de mayor aguante que el hombre para traer y llevar cargas pesadísimas sobre su cabeza, de un lugar á otro, distante tal vez tres ó cuatro leguas. Tipo de abultadas formas, no hay en ella corrección de líneas, pero su exterior agrada. Jóven, reune las indispensables cualidades de hermosura, fuerza y valor; es apuesta, ágil, sana, de vivísimo color y gran despejo, mas envejece pronto, pues no es posible resistir tanto trabajo; y vive algunos años en un estado de momificación que se hace muy difícil averiguar la edad por el aspecto rugoso de su cara.

Esto que se observa comunmente en mujeres de casería y pueblecillos rurales, puede aplicarse, aunque en menor escala por la distinta vida que hacen, á varias de la clase media y aun aristocrática del país.

Es, como si dijéramos, el signo de la tierra.

Las bascongadas son también de valor superior á su sexo y no tan espantadizas cual las de otras provincias. En las guerras de la independencia y las civiles, habidas en estas montañas, jamás abandonaron su casa, manteniéndose siempre en el peligro y coadyuvando con gran serenidad á las operaciones de los guerrilleros.

Ejemplo de bravura incontestable tenemos en doña Catalina de Erauso, de San Sebastián, apodada la monja alférez, cuyas estupendas hazañas en la América del Sur han pasado á la historia.

Hasta hace poco miraban con recelo y aún con cierto desprecio al soldado de la patria, llamándole, en son de burla, *soldadu zarra,* soldado veterano; pero desde que la ley de 21 de Julio de 1876 introdujo en el país el servicio militar, y nuestros valientes euskaldunas

han derramado su sangre juntamente con sus hermanos de las otras provincias en Cuba y Filipinas, reciben con cariño al soldado en recuerdo del propio hijo que sirve en las filas. Mas, formales y austeras, no permiten ni al militar ni al paisano, se propasen en sus manifestaciones.

La aptitud de la mujer bascongada para ganarse la vida ha sido en todo tiempo visible, especialmente dedicada á labores de mano

Aun no hace muchos años sembraban lino por sí mismas y prosiguiendo tantos trabajos como son necesarios para reducirlo á copo. Entraban luego unas á hilanderas, otras á tejedoras y se reconocía su destreza en las riquísimas beatillas que salían de sus manos.

Hacían calcetas finísimas y muy ricas que se enviaban á Madrid, Cádiz, Caracas y otras partes de la Península é Indias.

Todavía hay muchas jóvenes que van de jornaleras al campo en el tiempo de cosechas del trigo y de su trillamiento en las eras, del maíz en recogerlo y llevarlo á las casas; y luego el *artochurisketa*, limpiando las mazorcas de las hojas que las cubren, dejándolas dos solamente para atarlas unas con otras hasta ocho ó diez y colgarlas al aire en *alzurrunes*, que son varapalos largos y fuertes.

Lo mismo se emplean cuando llega la cosecha de la manzana, recogiéndola en *cobanillos* con *kizkias*, que son unos palitos como de una vara y tienen un gancho en la punta.

Hacen sus *pillas* para el dueño y para el diezmo; llévanla los hombres en carros; pero mujeres son las que ayudan á descargarlos y las que llevan las manzanas en cestas á los lagares y sacan después la sidra de la *tinia* y la trasiegan á las cubas, que es faena de muchísimos días. Y de esta suerte se dedican también en la costa á la cosecha de chacolí.

Pero la mujer en las capitales y pueblos de alguna importancia de esta región bascongada, ha sufrido una verdadera transformación, debida á su natural instinto de asimilarse todos los adelantos modernos. Gran parte de los antiguos trabajos manuales han desaparecido ante el desarrollo de las industrias, y la multitud de fábricas existentes, en especial de tejidos é hilados, ocupan crecido número de mujeres, convirtiendo la menesterosa en obrera.

Los balnearios y las playas en verano entretienen muchas sirvientas que en el ramo de fonda y pupilaje se emplean, y es tal la fama de pulcra, honrada y diligente que goza la criada de servicio bascongada

en todas partes, que son estimadísimas, muy principalmente fuera del país.

Las corrientes modernas, lejos de perjudicarla, han elevado á la mujer euskalduna á un gran nivel por sus excelentes condiciones para el trato y su facilidad para adaptarse á toda clase de profesiones.

Las antiguas alpargateras, calceteras, tejedoras de lino, de boinas y otras industrias semejantes, han llegado á ser hoy excelentes planchadoras, peinadoras, costureras, modistas de sombreros, de trajes; inteligentísimas dependientes de comercio, en algunas de cuyas casas llevan los libros; y en materia de ciencias y letras, tenemos buen número de maestras superiores y elementales, bastantes que se gradúan de bachiller y muchas que cursan en las escuelas de Artes y Oficios, para difundir después sus conocimientos en la familia.

El crecido plantel de alumnas bascongadas que figuran en el Conservatorio de música y Escuela de pintura, nos da la norma de sus aptitudes para las Bellas Artes.

En el hogar es, además de compañera fiel del hombre, la administradora económica de sus recursos. Poco amiga de la exhibición y muy recatada, le agrada, sin embargo, presentarse con decencia en público, para lo cual hace prodigios de habilidad con la aguja, y de ahí la extrañeza del forastero al observar el gusto, la elegancia á la par que la sencillez y economía con que viste la mujer bascongada.

Vitoria, Bilbao y San Sebastián son un modelo de vestir en sus mujeres.

Las modistas de estas tres capitales confeccionan los vestidos y los sombreros de la gente más elegante y adinerada de gran parte de la Península.

El principal afán de las bascongadas es el trabajo, del que son verdaderas esclavas.

Trabajan en las fábricas, en los talleres, en el campo, en el hogar, y esta conjunción inmensa de labor, unida á un alto espíritu religioso, imprimen este carácter propio de adelanto, bienestar y tranquilidad á la tierra euskalduna.

Llevan consigo á todas partes su manera de ser, y tanto es así, que en la por desgracia creciente emigración de nuestra gente rural á Buenos Aires, no hay más que enterarse del concepto que allí merece la mujer bascongada.

Como esposa, procura desarrollar en su marido el instinto del cum-

plimiento del deber; como madre inculca á sus hijos desde la cuna sentimientos de nobleza y honradez, y á su benéfico influjo se atribuye la excelente administración modelo que, desde tiempo inmemorial, disfrutan estas provincias,

Su temple de alma y de cuerpo contribuye poderosamente á la felicidad de la tierra euskara.

ALFREDO DE LAFFITTE.

OLLUA ETA IPURTARGIYA

(IPUIYA)

On Luis Jaizkibel, Buenos Aires-ko «La Baskonia»-ren egille eta euskaldun maiteari donkitua

Ollo bat chituakiñ
belartzan zebillen,
pisti ta ōmorruak
billatzen zituben;
ala mokaru enbat
ark arkiturikan,
chituari ematen
ziyen deiturikan.
Ipurtargi bat zuben
eratu batian
eta bere mokora,
artu bitartian
diyo onek:—Mesedez
barka bezait neri
ez diyot nik egiten
gaitzikan iñori.
—¿Ez aldaki munduan
bizi geradenak
Jaunak berdiñak egin
ginduzela denak?
Gaitz egiñ bañan obe
degu elkar maita
nere ustez arrazoi
au ederra baita;
gaur mesede egiten
diran gisa neri
nik egiñ nezayoke
urrena bedorri;
anaitasuna beti
bear da munduan.
Ontzat arturik arren
itz esantakuak
barkatu egin ziyon
segiran olluak,